



© Mariano Martín Rodríguez

Un monólogo dramático fictocientífico de Joan Sardà Lloret

*TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN
RODRÍGUEZ*

Hoy se suele entender por monólogo dramático un género poético consistente en el discurso enunciado por un personaje distinto al yo lírico por el que aquel comunica sus sentimientos, ideas y actos ante uno o varios interlocutores virtuales que no toman la palabra, a diferencia del diálogo convencional. Sin embargo, en el propio monólogo existen alusiones a tales interlocutores, lo que le diferencia del soliloquio lírico y dramático, en el que el personaje se dirige a sí mismo, y de lo que llamamos «monólogo histórico», en el que el personaje hace balance de su vida y la justifica ante la posteridad. El monólogo dramático, puede ser tanto en verso, como «Ulysses» [*Ulises*] (*Poems* [Poemas], 1842) de

Alfred Tennyson (1809-1892), como en prosa poética, como «Le centaure» [*El centauro*] (1840) de Maurice de Guérin (1810-1839) y, como en estas dos obras maestras pioneras, suele poner en la escena del teatro mental figuras históricas, legendarias o míticas, por lo que se suele inscribir en la ficción histórica en sentido lato, pero ello no es exclusivo. Existen monólogos dramáticos que presentan todas las características definitorias del género, pero que se pueden clasificar por su asunto en la ficción especulativa. Entre ellos cabe destacar uno de los primeros ejemplos de ciencia ficción en idioma catalán, el cual se publicó a finales de julio de 1875 en la revista *La Renaixença* [El Renacimiento]. Su título es «La darrera paraula

de la ciència» [*La última palabra de la ciencia*]¹ y su autor, Joan Sardà Lloret (1851-1898).

Fictocientífica es indudablemente la situación que se presenta a través de las palabras de un sabio que se dirige a su criatura, un joven de aspecto atractivo que ha creado por medios exclusivamente científicos a partir de los elementos que constituyen la naturaleza y el universo. Tales palabras denotan una personalidad que se caracteriza por sus ideas materialistas enunciadas en términos polémicos frente a la religión. De hecho, su actitud responde claramente a la imagen común de la mentalidad positivista de su tiempo, que solía contraponer las verdades demostradas de la ciencia a la fe tradicional, carente de pruebas materiales. Para el doctor positivista del monólogo de Sardà Lloret, no existe sino lo corporal, de manera que la idea misma de Dios le resulta no solo ajena, sino incluso hostil. Su labor creadora de un hombre artificial, de un androide biológico indistinguible de los seres humanos de carne y hueso, tiene por objeto arrebatarse a la divinidad la prerrogativa mítica de la creación y refutarla mediante ese nuevo ser por él fabricado, cuya vida, toda material, demostraría por analogía nuestro origen también exclusivamente material.

Este propósito enunciado con claridad meridiana en varios pasajes de su discurso se entremezcla con otros móviles más egoístas. Aunque alude a la posibilidad de una industria de la reproducción artificial que dispensaría de las fatigas (y placeres) del sexo y permitiría elegir vástagos a voluntad y a medida, al estilo de la fábrica de bebés descrita por Henrique Maximiano Coelho Neto en «Adão & C.» [*Adán y Cía.*] (1893; *Lanterna mágica* [*Linterna mágica*], 1898), lo que parece mover en mayor medida al científico es la vanidad, a

juzgar por su fantasía de ver su estatua rodeada en homenaje por los nuevos seres humanos artificiales celebrando a su inventor. Esta fantasía desmiente irónicamente el presunto móvil científico y filosófico de su labor, y apunta a una personalidad en la que la poesía y su egocentrismo de yo lírico hipertrofiado parecen tener un peso considerable. El tono himnico de su monólogo dirigido al ser artificial aún inerte, justo antes de despertarlo a la vida mediante la electricidad y la sangre, se caracteriza por una expresividad retórica que, aunque deba leerse desde una perspectiva irónica dado su hiperbólico exceso, indica también las pretensiones creativas del científico, también en términos literarios. Nada más lejos, pues, de la ideal frialdad del habitual discurso positivista. El anónimo científico protagonista oscila entre lo sublime de su planteamiento y de sus actos, y lo ridículo de sus palabras y de sus expectativas, en un difícil equilibrio que se mantiene a lo largo del texto hasta que la emocionalidad desatada del protagonista pierde todo control al oír la primera y única palabra que sale de los labios de su criatura recién vivificada.

Además de sugerir una rebelión contra el creador humano que recuerda la del monstruo de *Frankenstein*; or, *The Modern Prometheus* [*Frankenstein o el moderno Prometeo*] (1818) de Mary Shelley (1797-1851), esa palabra denota el escaso aprecio de aquella por su creador. Quien más inteligente se creía, quien se tenía por acreedor de adulaciones universales, acaba equiparado a una bestia cuadrúpeda de escasas luces según el concepto popular, quedando finalmente en suspenso el motivo de tal insulto: ¿lo merece por negar la divinidad, por esperar amor de sus criaturas, por expresarse con tanta retórica, por ninguna de estas razones, o por cualquier otra? La respuesta no la conocemos,

¹ La traducción que sigue se basa en la reedición siguiente: Joan Sardà Lloret, «La darrera paraula de la ciència» *Futurs imperfectes. Antologia de la ciència-ficció*, a cura de A. Munné-Jordà, Barcelona, Educaula62, 2013, pp. 73-77.

porque la indignación del científico resuelve la situación rompiendo las expectativas de la especulación y el pacto de lectura fictocientífico.

En realidad, todo ha sido un sueño interrumpido por la indignación onírica, que lleva al durmiente a arrojar al ingrato adolescente artificial la vajilla llena del desayuno que lo espera. Así se subraya la correspondencia directa entre el personaje soñador que monologa y el personaje del mundo real que reacciona con un arrebato de violencia que asusta a su pobre sirvienta. Ambos varones, el onírico y el físico, parecen igualmente faltos de control y recuerdan la figura típica y tópica del científico loco de la ciencia ficción, aunque en «La darrera paraula de la ciencia» está todo tan bañado de ironía que nada impide aplicar una

lectura también irónica a todo este monólogo dramático aparentemente tan anticientífico. Al fin y al cabo, la ciencia propiamente dicha no parece ser el blanco de la sátira como tal, sino más bien el cientifismo ideologizado y excluyente de un Positivismo fanático que aquí se desenmascara a sí mismo mediante su propio discurso, al tiempo que se nos ofrece la pintura de un curioso tipo humano en el marco de una construcción genérica sin duda muy original en la historia de la ciencia ficción y que demuestra, como muchas otras que pasan por alto quienes hacen equivarer narrativa y ficción, que los discursos formales de aquella son mucho más variados de lo que se cree y que pueden ser incluso sorprendentes, como lo es este curioso monólogo catalán.

JOAN SARDÀ LLORET

La última palabra de la ciencia

¡Salve, primera creación de la aurora nueva! Astro en llamas, eterno pintor que animas la materia con tus pinceles fogosos, matizándola con los colores espléndidos que irradian las alas del ángel que lleva tu beso primero a la tierra adormecida; el nuevo día que hoy engendras será el más fausto que han alumbrado tus átomos luminosos desde que, lanzado de tus entrañas el último anillo de la nebulosa materna, la creación dijo su palabra final, y el cielo estrellado giró tronando por sus excelsas vías, dócil a la impulsión de la fuerza que, al abandonarla a los espacios, le dotó su poderosa madre.

Tu luz ha presidido la marcha lenta, pero segura, de la ciencia por las vías del progreso, y la acción del fuego que arde en ti ha sacudido cien veces la masa encefálica de los escogidos, despertando de su sueño letárgico la vida

residente en ella que la decepción abatía. ¡Qué día de gloria para ti, oh espíritu del mundo, cuando Galvani, vislumbrando entre brumas la solución del problema que hoy mi genio aclara, transfería del zinc y el cobre a los nervios de la rana el movimiento vital y, en resurrección apenas embrionaria, agitaba su sistema y le daba la vida de la electricidad! ¡Qué día aquel en que el químico Berthelot arrancaba a la naturaleza el misterioso secreto de la composición de los cuerpos orgánicos y, rival de aquella, modificaba fluidos imponderables, atribuyéndoles cuerpo, peso y medida!

Aquel día era la víspera; hoy, soberbia masa de materia cósmica, ha sonado la hora de la gran fiesta, la fiesta mayor de la ciencia, la fiesta mayor de la naturaleza.

No hay Dios: atrás, religiones positivas que encadenáis el entendimiento mediante

ficciones inverosímiles y antirracionales al cepo torturador del fanatismo. Yo soy Dios, porque la ciencia está en mí, y la ciencia ha arrancado a las avaras entrañas de la naturaleza el precioso talismán de la vida. Dios es la acción, como diría el doctor Fausto, la acción que atrae y repele por simpatías y odios, regulados *ab aeterno* por leyes fijas, los invisibles átomos de la materia y los combina y enlaza y teje y liga en miríadas de volúmenes de dimensiones y formas y apariencias variadísimas, desde la roca inerte hasta el hombre activo que, por una selección lógica, deriva de aquella para reducirse otra vez a ella cuando, gastada por el roce la fuerza inmanente de la molécula, cae en el marasmo y la atonía.

¡Oh, sol! Mira el hombre artificial: aquí descansa, cubriendo ocho palmos de tierra, sin volver a ella por más que sea su hermano e hijo de unos mismos padres: la combinación, tan solo por mí conocida, del oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el nitrógeno, elementos simples y quinta y última esencia del sistema universal, ha engendrado esta masa. Aquí ves el fruto de la cooperación sexual obtenido por la retorta química en laboriosa gestación por mí dirigida. Ahora soy yo Prometeo, Prometeo que le aplico al corazón la llama de la ciencia. El hombre artificial, hijo de la retorta, vivirá como el hombre natural que se ha criado en las sinuosidades del claustro materno.

¡Qué revolución en la naturaleza! ¡Qué cambio en la sociedad! ¡Qué transformación en la manera de ser de los siglos!

¡Futuro! ¡Rasga las vestiduras que cubren tus mórbidas formas y altera con sus pliegues las rayas ondulantes que aquellas ofrecen solo a la vista iluminada! Deslumbra mis ojos con tu resplandor, muéstrame la humanidad manufacturada regenerándose con el progreso, humanidad sin sombra de vicio ni defecto, buena, virtuosa, viviendo

la vida de la voluptuosidad en lo que tiene de más inmensamente dulce, sin irritantes desigualdades sexuales, sin preocupaciones hijas de un falso pudor, equilibradas y centuplicadas las fuerzas. ¡Nueva y verdadera edad de oro!

Inmensas fábricas repartidas a distancias proporcionales sobre la superficie de la tierra vomitarán la humanidad al por mayor o menor según las necesidades del día y del cliente: hijos ya adolescentes, hijas en la plenitud de una pubertad fecunda en gozo, saldrán nuevos y flamantes de la combinación de los elementos primarios en capaces recipientes bañados por efluvios de electricidad; e hijos e hijas bailarán en torno a mi estatua, la estatua de su padre, compuesta de los mismos elementos simples de que están compuestos ellos, pero en conexión petrificante, alzando nubes de incienso que perfumarán el aire en torno mío, y entonando, reverberado por el eco lejano, triunfal cántico en mi obsequio y en honor de esta jornada portentosa.

¡Nuevo Adán que descansas aquí por tierra!, la materia que te compone va a agitarse: la sangre que ya tengo elaborada, como he elaborado tus huesos y tu carne, tu piel y tu organismo desde la primera célula hasta al último pelo del sedoso bigote que sombrea tu labio adolescente, la sangre correrá por tus venas y tus arterias, y en su movimiento circulatorio, emblema de la eternidad de la materia, llevará la savia de la acción a tu envarada masa que el peso de la gravedad retiene ahora inmóvil: pronto su calor vivificante abrirá tus prendidos párpados y contemplarás atónito la luz y el disco que la genera, el firmamento y lo azul que lo enmanta, la tierra y sus hermosas secreciones. Gracias a ella pronto verás quién te ha hecho... ¡Cúmplete, misterio...!

La sangre artificial electrizada ya penetra al impulso de la bomba impelente que... ¿No sientes ya la vida en ti? ¿No sientes que el

corazón te comienza a latir con las oscilaciones isócronas del péndulo del reloj, y que la sangre va abriéndole las válvulas por medio de una dilatación y condensación que se suceden, para salir de allí a llevar, como si dijéramos, convoyes de vituallas a los ejércitos de átomos que llenan y forman tu sinuoso volumen...? ¿Ya abres los ojos...? ¿No ves nada...? ¿Cómo? ¿No ha sentido aún tu masa encefálica la punzada del nuevo elemento que va a envolverla...? La ciencia no puede mentir... Voluntad, manda al cuerpo. Cuerpo, obedece... La ciencia lo manda... ¡Ah! Tu brazo derecho se levanta... Se dobla... Llevas la mano a los labios... Abres la boca... Apoyas el dedo gordo en la lengua y en el labio inferior... Alargas y extiendes los cuatro dedos... ¡Hijo ingrato! ¡Me sacas la lengua...! ¿No...? Vas a hablar... Vas a entonar un cántico de gloria a tu creador... Tu voz se anuncia como los primeros vagidos del trueno... Pronuncias la primera vocal, la letra originaria... Acaba... ¡Infame! ¡¡¡Me ha llamado Asno!!!

En ese preciso momento me despertó un gran estallido de destrozo de loza y cristal, y vi mi sábana salpicada de chocolate y gotas de agua. El exabrupto impertinente de aquel hombre que, excitado por la lectura de ciertos libros que se llaman de ciencia sensata, acababa de haber fabricado en sueños, me había exaltado tanto que agarré lo primero que tenía a mano para rompérselo en la cabeza, y eso primero fue la jícara que, según costumbre diaria, la criada me llevaba a la cama, jícara que arrojé contra la pared después de romper al paso el vaso de agua que iba en el mismo plato, quitándome de encima aquellos dos compuestos de materia cósmica y dejando con un palmo de narices a la incauta Maritornes, que pidió auxilio contra los accesos bélicos del señorito.